

COMENTARIOS

Apuntes sobre los apuntes de Simón Urbina

Benjamín Ballester¹

*“Las cuestiones biográficas e históricas
están muy lejos de ser irrelevantes para
la interpretación de las obras antropológicas”
(Geertz 1999:10)*

En nuestro que hacer es tan importante escarbar respuestas en lo que se ha escrito y dicho, como en aquello que se ha silenciado e invisibilizado. El texto de Simón Urbina es una búsqueda por la historia de la arqueología de Chile, ímpetu que debiera sacudir el cuerpo y estremecer el alma de todas y todos quienes nos dedicamos a esto, pues ahí yace el germen de lo que somos hoy y da ciertas luces de lo que podremos ser mañana. Al mismo tiempo, comparto plenamente la valoración de “otras arqueologías”, a la fuga de lo propiamente arqueológico y a superar de una vez la historia heroica o de personajes importantes. El llamado de Simón Urbina es en este sentido sumamente significativo, ahora bien su texto merece una reflexión más detenida.

El brío inicial al poco andar deja entrever una identidad que podría, para algunos, convertirse en su mayor debilidad. Al pasar de las hojas la escritura se queda entrampada en aquello que ya se ha redactado y dicho. El texto sigue así un sendero conocido, que le fue enseñado al autor y que sin problemas aprendió en su educación. El peso filial de la Universidad de Chile y su hegemonía en la formación de arqueólogos es evidente, ya que sus apuntes sobre historia de la arqueología chilena replican de forma extraordinaria –incluso de manera explícita– el relato de Mario Orellana, así como de la triada heredera de sus apegos institucionales; todos ellos hombres, de una misma clase social, académicos de la Universidad de Chile y santiaguinos.

El homenaje al Grupo Toconce como fenómeno clave en la historia de la arqueología de Chile es una excelente manifestación de esta deuda y de su anclaje filial, todas ellas y todos ellos descendientes de un mismo árbol genealógico que tiene a Orellana a la cabeza. No es que de por sí sea un problema el parentesco académico con el Premio Nacional, pero sí deja entrever cómo en este relato de la historia de la arqueología se sobrerrepresentan ciertas figuras, proyectos, equipos y zonas a la manera de mitos tribales o del totemismo, en desmedro de otras agencias que se ven invisibilizadas, sin voz ni agencia real en la narración. Es por esto que el Grupo Toconce es tan importante en el texto, no así los grupos aún anónimos –sin referente tribal– que trabajaron en Arica, Antofagasta, La Serena, Aconcagua, Isla Mocha o Punta Arenas. No olvidemos que aunque exista una base empírica y real, las historias se escriben, y a veces sus relatos se convierten en un mejor reflejo de su autor que de los hechos a los que aluden.

¹ UMR 7041 ArScAn, Équipe Ethnologie Préhistorique, Université Paris 1 Panthéon Sorbonne, Francia.
benjaminballesterr@gmail.com

Esta herencia de Orellana en la Universidad de Chile no se expresa sólo en la apología al Grupo Toconce y a sus actores principales, sino además en cuestiones de fondo. El elogio a la cita textual de Osvaldo Silva es tal vez el mejor ejemplo, con la cual Simón Urbina afirma que la arqueología sería una disciplina para “reconstruir el pasado”. En mi calidad de hijo de la misma casa universitaria, pero desarraigado, parricida y vagabundo, considero que la arqueología no es lo mismo que la prehistoria. Más bien pienso que esta última no es más que un medio o una herramienta entre tantas para poder consumir el principal objetivo de la primera: construir conocimiento sobre la vida del ser humano en colectividad en relación a su entorno material.

No se trata, por lo tanto, de reconstruir, sino de producir saberes para crear presentes y futuros. El enraizado cimiento histórico de este relato de la arqueología es también un legado de la trayectoria de la disciplina en la Universidad de Chile, en especial de su lugar de nacimiento y de sus formadores. Lo cierto, sin embargo, es que a lo largo de Chile las arqueologías fueron variadas, tanto en sus orígenes como por sus fundamentos y los procesos que les dieron vida. Así, en la Universidad del Norte sede Antofagasta la malla desarrollada por Guacolda Boisset fue más cercana a la antropología que a la historia, como una expresión de sus propias experiencias y principios; en La Serena la arqueología se gestó al alero de huaqueros, coleccionistas privados y amantes de las obras de arte precolombinas; en Concepción, por su parte, la influencia de la escuela francesa de etnología y arqueología fue trascendental.

Yace acaso en esta misma fuente de origen –la historia– la necesidad visceral del autor por proponer inicios, períodos y quiebres a lo largo del tiempo. Los procesos, las dinámicas internas, los movimientos, las redes, las contradicciones y los vínculos sociales pasan todos a un segundo plano; lo primero es ordenar en una escala temporal hechos, personas e instituciones. Por esto el título del artículo cierra al final con un rango temporal, y por esto también dedica buena cantidad de frases a justificar por qué pone como punto de inicio de la arqueología chilena al número inaugural de la revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago y no a *Los Aborígenes de Chile* de José Toribio Medina; todos ellos hitos y fechas para establecer un diálogo anacrónico con Orellana.

Pero a esta altura, y considerando que hoy es más evidente que nunca que vivimos en un mundo globalizado, qué valor tiene distinguir si la arqueología la hizo un nacido en esta franja de tierra o en otro punto del planeta, si al final en ambos casos se trata de sujetos formados en lugares comunes, de familia acomodada y recursos suficientes como para poder dedicarse a estudiar las antigüedades. ¿Cuál es entonces la real diferencia entre ellos? Visto así, tanto Alcides d’Orbigny como William Bollaert, al igual que muchas otras y otros investigadores a lo largo del tiempo, sí son parte de la historia de la arqueología chilena. Poco importan sus nacionalidades y profesiones, pues son responsables de la creación de valioso conocimiento acerca del ser humano en relación al entorno material que hoy contiene Chile dentro de sus fronteras. Conocimiento que, aunque no nos percatemos de ello, sigue vigente y que usamos día a día en nuestras vidas. Esta última es tal vez, la mejor evidencia de que ellos también fueron buenos arqueólogos para su época.

Referencias citadas

Geertz, C. 1999. El antropólogo como autor. Ediciones Paidós, Barcelona.